

LAS SEÑORAS DE LA CARIDAD:
PIONERAS OLVIDADAS
DE LA ASISTENCIA SOCIAL
EN MÉXICO, 1863-1910¹

Silvia Marina Arrom

Brandeis University

Es sorprendente que una organización que contaba con miles de voluntarias que prestaban servicios de asistencia a cientos de miles de personas pobres, y que duró sin interrupción desde mediados del siglo XIX hasta nuestros días, casi no haya dejado huella en los libros de historia mexicana. La Asociación de Señoras de la Caridad de San Vicente de Paul, una organización de mujeres laicas que se dedicaba a las obras de caridad, no se debe confundir con la conocida orden religiosa de las Hermanas de la Caridad. La Asociación de Señoras se fundó en la ciudad de México en 1863, se extendió rápidamente por toda la República, y alcanzó gran auge en las dos décadas que precedieron a la revolución mexicana de 1910. Pero no aparece en las narra-

Fecha de recepción: 11 de mayo de 2006

Fecha de aceptación: 13 de septiembre de 2006

¹ Algunas secciones de este ensayo aparecieron en mis artículos ARROM, "Mexican Laywomen" y "Catholic Philanthropy".

tivas dominantes de la historia. Apenas se menciona en las historias de la Iglesia, a pesar de su estrecha relación con esa institución, ni en las historias de la beneficencia, a pesar de sus extensos programas de educación y bienestar, ni en las historias de la mujer, a pesar de haber sido una de las organizaciones femeninas más grandes de la época.²

La invisibilidad de las Señoras de la Caridad refleja la tendencia historiográfica de privilegiar a los actores liberales y masculinos. Después de la amarga guerra de Reforma surgió una visión maniquea que pinta como “buenos” a los liberales victoriosos y como “malos” a la Iglesia y sus aliados conservadores derrotados. Los historiadores de la beneficencia se creyeron la propaganda liberal de que a partir de 1861, cuando el gobierno nacionalizó los establecimientos de beneficencia y creó una agencia para administrarlos, el sistema público suplantó a la Iglesia y a los grupos filantrópicos privados. Los estudios sobre la Iglesia se enfocaron en su desarrollo institucional o en los dramáticos conflictos con el Estado, sin darle el peso debido a los movimientos laicos. La historia social de las últimas décadas se ha concentrado en los pobres y, cuando menciona la filantropía de las élites, la desprecia como una forma de control social. Además la influencia de la idea de Max Weber de que la modernidad necesariamente conlleva la secularización ha hecho que los grupos piadosos se descarten como retrógrados y sin valor para la investigación. Aun las historiadoras de la mujer, que generalmente

² Una excepción notable es Moisés González Navarro quien reconoce la importancia de las conferencias vicentinas para finales del siglo XIX, aunque no las trata sistemáticamente. GONZÁLEZ NAVARRO “Ejercicio caritativo”, pp. 496 y 502-509 y *La pobreza*, pp. 58-63, 68, 101, 108, 246 y 450.

comparten estos rasgos ideológicos, han preferido el estudio de los movimientos feministas y laborales de izquierda. Por lo tanto, las Señoras de la Caridad —mujeres de clase media y alta, fieles en su apoyo a la Iglesia, y trabajando con el doble propósito de no solamente socorrer a los pobres, sino también moralizarlos y fortalecer su fe— han sido ignoradas.

Hoy esta situación ha empezado a cambiar. Algunos estudios cuestionan la versión liberal de la historia,³ revaloran el conservadurismo,⁴ y reconocen el resurgimiento religioso que ocurrió durante el porfiriato a pesar del triunfo de la Reforma anticlerical que limitó el poder de la Iglesia.⁵ También se está rescatando el papel de las mujeres católicas durante la revolución mexicana.⁶ No obstante, todavía se

³ Para una discusión de las limitaciones de la beneficencia pública, véase ARROM, *Containing the Poor*, en especial cap. 7. Para un ejemplo de la revaloración del papel de la filantropía privada y religiosa a finales del siglo XIX, véase BLUM, “Conspicuous Benevolence”.

⁴ Por ejemplo, Pani sugiere que los conservadores participaban también en la modernidad, PANI, “Democracia”. Forment incluye asociaciones “conservadoras” entre las muchas que contribuyeron a asentar las bases para la democracia y la sociedad civil en el siglo XIX, y le dedica un párrafo a las conferencias vicentinas. FORMENT, *Democracy*, p. 260.

⁵ Esta revaloración de los católicos supuestamente conservadores empezó, por la influencia de la Teología de la Liberación, con MEYER, *La Cristiada*. También ADAME GODDARD, *Pensamiento*; CEBALLOS RAMÍREZ, *El catolicismo social*, y HANSON, “The Day of Ideals”. O’Dogherty Madrazo se refiere a las conferencias vicentinas como parte del florecimiento de asociaciones laicas de la “Restauración Católica” del porfiriato en Jalisco, pero da la impresión de que eran masculinas. O’DOGHERTY MADRAZO, *De urnas y sotanas*, en especial pp. 29-30, 43, 108, 112-114, 134, 249 y 258.

⁶ Véase MILLER, “The Role of Women”; SCHELL, “An Honorable Avocation”; FERNÁNDEZ-ACEVES, “The Political Mobilization”; BOYLAN, “Mexican Catholic”, y HANSON, “The Day of Ideals”, especialmente pp. 175-208 y 579-600.

desconoce la importante movilización de las Señoras de la Caridad.

La escasa documentación que se conserva demuestra un sorprendente ejemplo de la fuerza e iniciativa femenina.⁷ La Asociación de Señoras de la Caridad llegó a tener cerca de 10 000 socias activas en 1895 y 20 000 en vísperas de la Revolución. Su capacidad de atraer grandes números de voluntarias y benefactores la distingue de su organización hermana, la Sociedad Masculina de San Vicente de Paul, que tuvo una presencia mucho más reducida en México. Las Señoras formaron cientos de conferencias, como se llamaban sus células locales. Además de visitar a los pobres en sus hogares y en los hospitales y cárceles públicos, fundaron y administraron sus propias escuelas, hospitales, asilos y otras instituciones de bienestar. El impresionante tamaño y extensión nacional de su organización revela una tradición dinámica de filantropía y voluntarismo entre las clases medias y altas. También señala la importancia de incluir las iniciativas religiosas en la historia de la asistencia social moderna. Y añade un capítulo clave a la historia de la mujer. El trabajo de las voluntarias representa un tipo de activismo nuevo para las mujeres mexicanas. Las Señoras de la Caridad personifican la feminización de la caridad

⁷ Las Señoras no han dejado un depósito de documentos centralizado. He localizado varios reglamentos y memorias en bibliotecas de México y Estados Unidos y, para el periodo después de 1892, datos sobre la Asociación Mexicana en los reportes anuales de la organización internacional de Dames de la Charité en el archivo del Convento Lazariste en París. Una historia de la "Familia Vicentina" en México, que se centra sobre todo en las dos órdenes religiosas, contiene dos excelentes capítulos sobre las Señoras laicas, DIOS, *Historia*. Sólo he localizado un estudio de las Señoras en otro país latinoamericano, MEAD, "Gender".

en el siglo XIX, que simultáneamente reflejaba y contribuía a cambios en las ideas sobre el papel de la mujer en el mundo moderno. Las mujeres católicas aprovecharon las oportunidades que les brindaba la organización para expandir los límites tradicionales de la esfera femenina, aunque siempre sin desafiar las normas sociales de la época.

FUNDACIÓN Y CRECIMIENTO

La Asociación Mexicana de las Señoras de la Caridad formaba parte de la organización internacional de Dames de la Charité con sede en París. Ésta representaba la segunda encarnación de la Confrérie des Dames de la Charité creada por Vicente de Paul en el siglo XVII. Al contrario de sus otras fundaciones —la Congrégation de la Mission de padres paulistas (también conocidos como Lazaristas y, en México, Misioneros de San Vicente de Paul) y la orden religiosa de Filles de la Charité (conocidas en México como Hermanas de la Caridad)— las Dames de la Charité agrupaban a señoras laicas que se dedicaban a cuidar a los pobres enfermos de sus parroquias. Esta asociación voluntaria persistió de forma descentralizada hasta la revolución francesa, y se fundó de nuevo en 1840 como parte del restablecimiento de las tres organizaciones vicentinas en el siglo XIX.⁸

El renacimiento de las Señoras de la Caridad también fue inspirado por la creación, en 1833, de una organización vicentina para hombres laicos: la Sociedad de San Vicente

⁸ Sobre la fundación original, véase DIEFENDORF, *From Penitence*, especialmente pp. 203-216 y 226-238. Sobre la segunda fundación, véase UDOVIC, "What About the Poor"?

de Paul. La primera conferencia masculina se fundó en París por un grupo de estudiantes universitarios que querían combatir las tendencias de secularización y anticlericalismo desatadas por la revolución francesa. Estos jóvenes idealistas decidieron practicar obras de caridad para diseminar la religión al mismo tiempo que socorrieran a los numerosos pobres urbanos. Su método consistía en reunirse todas las semanas en pequeños grupos para rezar y deliberar, y entonces visitar los hogares de familias menesterosas para llevarles ayuda tanto material como espiritual. De esta forma intentaban resolver los problemas de la vida moderna: la inmoralidad, el materialismo, el individualismo, la alienación y el conflicto de clases que ellos atribuían a la separación de la Iglesia de la vida pública y la subsiguiente pérdida de la fe y los valores católicos. Su proyecto tuvo gran acogida en una época en que los liberales atacaban a la Iglesia y la pobreza urbana hacía estragos. Las conferencias se propagaron rápidamente por Europa y posteriormente por todo el mundo. Su combinación de catolicismo militante y servicio social atrajo a muchas mujeres piadosas también.

Al fundarse por segunda vez en 1840, las Señoras de la Caridad se modelaron en la nueva sociedad masculina. Tomaron el nombre de conferencias para sus grupos locales. Adoptaron la estructura centralizada en la cual éstas se agregaban a Consejos Centrales regionales, Consejos Superiores nacionales y en última instancia al Consejo General de París. Copiaron mucho de su reglamento, desempeñaron obras similares, y a veces hasta coordinaban sus actividades. Las dos organizaciones mantuvieron estrechos lazos con las Hermanas de la Caridad, quienes inicialmente proporcionaban listas de familias necesitadas a los voluntarios

laicos. Tan es así que las Señoras solicitaron unirse al grupo masculino, pero éste las rechazó con el argumento de que su reglamento solamente reconocía a los hombres como socios. De todas formas, las dos organizaciones fueron homólogas. La diferencia principal fue que la asociación femenina estuvo bajo la supervisión directa de los padres vicentinos y curas parroquiales, mientras que la sociedad masculina se mantuvo formalmente independiente de la Iglesia.⁹

México fue el primer país latinoamericano en unirse a este movimiento de laicos con conciencia social, debido a los esfuerzos del doctor Manuel Andrade. Cuando estudiaba medicina en París entre 1833-1836, éste presencié el nacimiento de la Sociedad. Al regresar a su patria trabajó para traer las organizaciones vicentinas a México. Las Hermanas de la Caridad llegaron en noviembre de 1844; en diciembre se fundó la primera conferencia de hombres; y al año siguiente llegaron los Misioneros de San Vicente. Las conferencias de Señoras se fundaron en 1848, por iniciativa de los padres vicentinos.¹⁰ Pero estas conferencias femeninas no sobrevivieron la primera etapa caótica de la Reforma, que incluyó la guerra de Tres Años (1858-1860), la abolición de las cofradías en 1859, y la supresión de las comunidades religiosas masculinas en 1861 y de las femeninas en 1863 (aunque, por sus valiosos servicios de asistencia, esta medida no se extendió a las Hermanas de la Caridad, sino hasta 1874).

⁹ FOUCAULT, *La Société*, especialmente p. 218; SOCIÉTÉ, *Livre du Centenaire*; SOCIEDAD, *Reglamento*, p. 6, n. 2, y ASOCIACIÓN, *Reglamento 1863*, pp. 13-14, 16, 21-22 y 26-27.

¹⁰ La primera conferencia de Señoras se fundó en Puebla. Sobre ésta y las conferencias masculinas, véase DIOS, *Historia*, t.1, pp. 146, 531-539, 541-542 y ARROM, "Catholic Philanthropy".

La fundación definitiva de las Señoras tuvo que esperar a que los conservadores regresaran temporalmente al poder en 1863, fecha que también coincidió con el retorno del exilio de los arzobispos Clemente de Jesús Munguía y Antonio Pelagio de Labastida quienes apoyarían a la asociación. Al mes de que los conservadores derrocaran a los liberales, se creó la conferencia de la parroquia del Sagrario en la ciudad de México con 23 socias activas. La Asociación de Señoras de la Caridad posteriormente reconocería como su fecha de fundación el 2 de agosto de 1863.¹¹ Esta vez, bajo la protección de la Iglesia y del gobierno del segundo imperio, las conferencias prosperaron.

Las Memorias presentadas en la asamblea nacional que se celebraba todos los años durante la semana del 19 de julio, fiesta de San Vicente, demuestran la rápida expansión de la organización femenina (véase el cuadro 1). Al final de su primer año las señoras habían reclutado 566 socias activas y 839 "honorarias": las suscriptoras contribuían con dinero para las obras de la asociación, pero no participaban como voluntarias. Empezaban a extenderse más allá de la capital y habían formado un Consejo Superior para coordinar las conferencias locales. En los próximos dos años añadieron nuevas socias y un segundo rango de Consejos Centrales en Guadalajara, Morelia, Orizaba, Puebla, Tenancingo y Toluca. Aunque principalmente un fenómeno urbano, la Asociación también llegó a incluir conferencias en algunos pueblos y en la hacienda Treinta. Para 1866 había 2251 socias activas en 87 conferencias, incluyendo seis compuestas de

¹¹ DIOS, *Historia*, t. 1, pp. 541-543 y ASOCIACIÓN, *Memoria*, 1865 y *Memoria*, 1921.

Cuadro 1
 INTEGRANTES DE LA ASOCIACIÓN MEXICANA DE SEÑORAS
 DE LA CARIDAD, 1864-1911

	Activas	Honorarias	Total	Año	Activas	Honorarias	Total
1864	566	839	1 405	1896	11 264	18 550	29 814
1865	997	1 863	2 860	1900	15 237	23 007	38 244
1866	2 251	5 226	7 477	1901	14 933	21 047	35 980
1868	—	—	12 274	1902	15 010	20 772	35 782
1872	—	—	20 212	1903	13 083	20 105	33 188
1878	3 003	5 709	8 712	1904	14 208	18 525	32 733
1885	1 485	3 344	4 829	1905	16 067	20 910	36 977
1886	3 511	5 113	8 624	1907	17 921	28 991	46 912
1888	7 344	10 601	17 944	1908	18 034	24 338	42 372
1892	6 123	10 061	16 084	1909	20 188	23 018	43 206
1895	9 875	12 777	22 652	1911	21 184	22 879	44 063

NOTA: las estadísticas cubren los doce meses desde el 1º de julio del año anterior hasta el 30 de junio. Representan un mínimo de socias, porque no todas las conferencias informaron en cada año.

FUENTES: DIOS, *Historia*, 1: 546, 550 para 1864 y 1868 y 2: 641-646 para 1872, 1885-1886, 1888 y 1901 y ASOCIACIÓN, *Memoria* de 1865-1866, 1878, 1892, 1895-1896, 1900, 1902-1906, 1908-1909 y 1911.

niñas que se preparaban para entrar al grupo de Señoras al cumplir los 18 años.¹²

La asociación siguió creciendo aun cuando regresaron los liberales en 1867, aunque ya sin la relación estrecha y el financiamiento directo del gobierno que había gozado durante el segundo imperio.¹³ En 1868 las Señoras tenían 12 274 socias activas y honorarias por todo el país. En 1872, al final de la última presidencia de Benito Juárez, alcanzaron 20 212 más un número no especificado en algunas conferencias que no mandaron estadísticas ese año. Luego, durante la presidencia de Sebastián Lerdo de Tejada, la membresía disminuyó. Parte del descenso refleja la política mucho menos conciliatoria de este presidente con la Iglesia, sobre todo la expulsión de las Hermanas de la Caridad con quienes las Señoras colaboraban. Pero también refleja la enfermedad y muerte en 1877 del padre vicentino Francisco Muñoz de la Cruz, quien había fomentado y dirigido las conferencias de Señoras desde 1863.¹⁴ De todas formas el revés resultó transitorio. La asociación se recuperó durante el porfiriato, aprovechándose del nuevo clima de tolerancia que facilitó la “reconstrucción” de la Iglesia en general.¹⁵ Las conferencias femeninas crecieron dramáticamente sobre todo después de la llegada, en 1891, de un nuevo visitador de la Congregación de la Misión, el padre Ildefonso Moral. Además, para

¹² ASOCIACIÓN, *Memoria*, 1865, pp. 4-6 y el cuadro final que incluye un resumen del reporte de 1864; *Memoria*, 1866, p. 7, y DIOS, *Historia*, t. 1, pp. 544-549 y 561.

¹³ ASOCIACIÓN, *Memoria*, 1865, p. 6 y *Memoria*, 1866, cuadro final.

¹⁴ Esta teoría es de Juan José Muñoz, autor del capítulo sobre las Señoras de la Caridad, en DIOS, *Historia*, t. 1, pp. 11, 556 y 639.

¹⁵ CUEVAS, *Historia*, p. 409.

finales del siglo recibieron el apoyo abierto del gobierno de Porfirio Díaz cuando su esposa, doña Carmen Romero Rubio, sirvió de presidenta honoraria del Consejo Superior.¹⁶ En 1895 la Asociación de Señoras de la Caridad alcanzó 22 652 socias activas y honorarias en 400 conferencias que funcionaban en 19 estados mexicanos; en vísperas de la Revolución el número se había casi duplicado hasta llegar a 43 206.

Contamos con poca información sobre quiénes eran estas voluntarias. Las Memorias de la Asociación a veces daban los nombres de las funcionarias de cada conferencia o, más a menudo, solamente de los Consejos. Estas listas revelan que las socias incluían tanto señoritas como señoras casadas y viudas. No todas procedían de familias ricas, sino también de las clases medias y medias bajas. El Reglamento de 1863 anticipaba que las conferencias se formarían “de las señoras principales” de cada lugar, “porque no tienen necesidad de su trabajo para su subsistencia como las señoras de una clase inferior” y por lo tanto están “siempre en casa [...] prontas para asistir a los enfermos según lo exija la necesidad”.¹⁷ De hecho, algunas de las funcionarias pertenecían a las principales familias mexicanas. En 1865 la señora Ana Furlong de Guerra era presidenta del Consejo Superior, y doña Vicenta Montes de Oca proveedora de la importante conferencia del Sagrario Metropolitano en la ciudad de México. Algunas socias podían contribuir generosamente, como lo hicieron

¹⁶ Encontré su presidencia honoraria por primera vez en la *Memoria* de 1895 y en las siguientes hasta 1905. ASOCIACIÓN, *Vigésima segunda memoria*, p. 26 y *Trigésima primera memoria*, p. 89.

¹⁷ ASOCIACIÓN, *Reglamento*, 1863, p. 4. Se ha modernizado la ortografía en éstas y subsiguientes citas.

doña Antonia Frago de Tagle al “paga[r] de su peculio la casa a una familia” y doña Pilar M. de Tijera al organizar una comida para 100 pobres el jueves santo en su propia casa.¹⁸ Pero la mayoría era de familias desconocidas¹⁹ y las donaciones individuales que se alababan en las Memorias por lo general representaban pequeñas sumas. Es más, las Memorias a veces comentaban sobre el modesto estatus social de algunas voluntarias. En 1865 se informó que eran “costureras todas las socias” de la conferencia de San Antonio de las Huertas. Asimismo, en 1900 se comunicó que en la conferencia de Nuestra Señora de Guadalupe en Guadalajara, eran “pobres en su mayor parte las señoras socias”. También es dudoso que las socias de las conferencias en los pueblitos — como Tinunk, Dzidsantún, Hecelchakán y Calkiní en Yucatán — fueran de la flor y nata de la sociedad mexicana.²⁰

Parece que las voluntarias vicentinas venían de los mismos sectores que los hombres que participaban en las conferencias de San Vicente de Paul. Como los informes de la sociedad masculina solían dar las ocupaciones de los socios, sabemos que incluían, no solamente señores pudientes, sino también empleados, dependientes, preceptores, artesanos y hasta algunos agricultores, jornaleros y labradores.²¹ Es probable que muy pocas Señoras tuvieran empleos y que la mayoría gozara de sirvientes para cuidar de sus casas e hijos mientras ellas se dedicaban a sus actividades caritativas, pero

¹⁸ ASOCIACIÓN, *Memoria*, 1865, pp. 6-9 y 15.

¹⁹ Agradezco a Erika Pani el revisar las listas de socias y corroborar mis impresiones.

²⁰ ASOCIACIÓN, *Memoria*, 1865, pp. 4 y 10 y *Vigésima séptima memoria*, p. 12 y Estado núm. 1.

²¹ ARROM, “Catholic Philanthropy”, p. 36.

esta situación era característica de gran parte de las clases medias mexicanas, y no solamente de las altas.²² También eran de clase media los farmacéuticos, carniceros y otros comerciantes que donaban comida, ropa, carbón y medicinas para las obras de las Señoras. El gran número de socias demuestra la amplitud de la atracción de la obra vicentina, y la persistencia de la devoción católica que inspiraba el voluntarismo entre las clases medias y altas aun después de la Reforma liberal.

OBRAS DE ASISTENCIA SOCIAL

La misión principal de las Señoras de la Caridad, según el Reglamento que adoptaron en 1863, era “visitar a los pobres enfermos y procurarles todo alivio espiritual y corporal, consolándolos y exhortándolos a aprovecharse de la enfermedad y resignarse a la voluntad de Dios”. El alivio corporal consistía en conseguirles médicos y flebotomistas, llevarles medicinas, comida, ropa y dinero para pagarles la renta si fuera necesario, y “prestarles cualquiera otro servicio, como sería barrer el cuarto, hacer la cama y cosas semejantes”. El alivio espiritual consistía en rezar con ellos y, si la enfermedad fuera mortal, preparar al moribundo para recibir los santos sacramentos y “procurar con toda diligencia su eterna salvación”. Al visitar a los pacientes, también deberían informarse del modo de vida de la familia, por ejemplo, “de si los niños saben rezar, y si cumplen con sus obligaciones de cristianos; si los de diferente sexo no duermen en una misma cama, si sus padres son casados; si santifican el domingo

²² ARROM, *Las mujeres*, pp. 20-21.

y días de fiesta de guardar”.²³ Las relaciones personales con sus clientes no terminaban cuando se curaba (o moría) el paciente porque cada año, al principio de la cuaresma, las voluntarias visitaban a las familias que habían ayudado para animarlas a confesarse y recibir la comunión.

Estas obras formaban parte de una agenda más amplia para combatir la creciente “irreligiosidad de los pobres”²⁴ y restaurar los valores católicos entre el pueblo. Aunque la población mexicana era nominalmente católica, muchas personas practicaban una versión poco ortodoxa de la religión y tenían poco contacto con la Iglesia institucional. El problema se agravó durante la época de la independencia cuando disminuyó el número del clero, y sobre todo, durante la Reforma, cuando la Iglesia sufrió los virulentos ataques de los liberales y se vio amenazada, no solamente por la separación del Estado y la pérdida de su apoyo oficial, sino por el decreto de libertad de cultos de 1860 y las limitaciones a sus actividades impuestas por las Leyes de Reforma de 1855-1861 y la Ley Orgánica de 1874. Además de la desamortización de sus bienes, la Iglesia perdió su control sobre el matrimonio, la educación y otros aspectos importantes de la vida diaria. Por consiguiente, adoptó una “estrategia misionaria” para recobrar su influencia que se apoyó en los esfuerzos de los voluntarios laicos.²⁵ Al mismo tiempo que las Señoras servían como agentes de la Iglesia en la lucha para ganarse al pueblo, su participación en los ritos

²³ ASOCIACIÓN, *Reglamento*, 1863, pp. 9, 23 y 25.

²⁴ DIOS, *Historia*, t. 1, p. 543.

²⁵ Para una excelente discusión de la “estrategia misionera” que adoptó la Iglesia mexicana en la década de 1860, véanse HANSON, “The Day of Ideals”, pp. 13-15 y 67-81 y CEBALLOS RAMÍREZ, “Los católicos mexicanos”.

religiosos de las conferencias —oraciones en sus sesiones semanales, misas especiales y ejercicios espirituales— reforzaba la devoción de las propias voluntarias.

Las Señoras mexicanas asumieron estas responsabilidades con entusiasmo. En 1864, apenas once meses después de la fundación de la asociación, las doce conferencias de la capital informaron que sus socias habían servido a 2240 enfermos pobres, a quienes visitaban “aun a deshoras” para satisfacer sus necesidades. Le dieron sepultura a los 156 que murieron. Repartieron 45 678 raciones ordinarias de arroz, frijoles, arvejón, chocolate, pan y carbón, y 3 000 raciones extraordinarias de pollo, gelatinas, sopas y vinos para los días festivos. Distribuyeron 6 820 recetas médicas y 816 piezas de ropa, “la mayor parte confeccionadas por las mismas señoras”. Recolectaron 6 504 pesos para “la multitud de gastos en beneficio de los pobres”, recaudaron limosnas en las iglesias capitalinas, solicitaron contribuciones de sus amigos, rifaron sus joyas y encajes y donaron dinero de su propio peculio. Consiguieron que algunos comercios locales les dieran comida, ropa, frazadas y otros artículos. Y contaron con los servicios de 46 curas, cuatro Hermanas de la Caridad, 74 médicos, ocho flebotomistas y seis lavanderas. La asociación también tuvo éxito en su misión apostólica. Además de los ejercicios espirituales para lograr el “perfeccionamiento de sus miembros”, las Señoras visitadoras obtuvieron 911 confesiones, 97 confirmaciones, diez matrimonios y dos bautismos. En 1865 lograron convertir a su primer protestante.²⁶ Estos impresionantes resultados se repitieron en los próximos años por todo el país (véase el cuadro 2).

²⁶ ASOCIACIÓN, *Memoria*, 1865, pp. 4-5 y 7.

Cuadro 2
 OBRAS DE LA ASOCIACIÓN MEXICANA DE SEÑORAS DE LA CARIDAD, 1866-1909

	1866	1878*	1892*	1895*	1900*	1904*	1909*
Visitas	—	1 151	45 882	70 537	113 377	104 290	135 334
Enfermos	10 235	8 778	14 353	21 428	23 822	27 142	31 954
Muertos	663	1 710	1 892	2 347	2 693	2 325	3 141
Confesiones	2 622	15 273	—	—	—	—	—
Comuniones	2 602	14 705	—	—	—	—	—
Primeras comuniones	127	—	1 398	2 917	3 632	5 842	8 647
Confirmaciones	312	—	145	279	117	94	195
Conversiones y abjuraciones	—	11	60	182	189	829	264
Viáticos	705	2 913	1 595	2 933	2 543	2 863	4 314
Matrimonios	29	150	197	298	444	934	1 353
Bautismos	22	70	461	672	362	378	459
Sacramentos por devoción	—	—	13 223	31 390	84 882	85 485	195 741
Ejercicios espirituales	30	—	—	—	—	—	—
Niños instruidos	718	—	—	—	—	—	—
Raciones ordinarias	135 900	385 110	315 581	1 036 588	1 578 516	1 552 479	1 779 843
Raciones extraordinarias	23 235	60 273	—	—	—	—	—
Socorros particulares	—	—	21 444	144 233	55 818	69 757	81 953
Recetas	43 157	50 622	—	—	112 551	134 629	132 481
Piezas de ropa	3 457	8 664	—	—	14 797	29 119	27 024
Entradas (pesos)	39 900	2 194	67 174	105 986	172 659	203 033	247 567
Gastos (pesos)	29 669	49 243	61 539	96 206	154 003	181 127	225 694

NOTA: algunas categorías no aparecen en todos los años. Las cantidades de pesos se han redondeado.
 *Faltan los reportes de varias conferencias.

FUENTES: ASOCIACIÓN, *Memoria* de 1866, 1878, 1892, 1895, 1900, 1904 y 1909.

Desde el principio las Señoras tomaron iniciativas que iban más allá de la misión prevista por el primer Reglamento, que únicamente era la de servir a los enfermos. El segundo Reglamento, publicado en 1864, reconoció que su clientela incluía a indigentes sanos:

Actualmente la Asociación de las Señoras de la Caridad no se limita al socorro de los enfermos pobres, sino que extiende su celo a otras muchas obras, como la protección de las huérfanas, la adopción de los niños expósitos, la instrucción de mujeres presas [y] la conversión de las pobres más necesitadas.²⁷

Por ejemplo, en la ciudad de México las voluntarias de la parroquia de San Miguel sirvieron un desayuno a 300 niños de las escuelas gratuitas el viernes santo de 1864. El jueves santo las del Sagrario organizaron una gran comida para 100 pobres; a doce de ellos se les sentó en la mesa principal y la presidenta y demás socias de la conferencia les besaron los pies. Las Señoras de la conferencia de Nuestra Señora de Guadalupe enseñaron a leer y conocer la doctrina a varias niñas. En Zinacantepec la “señora presidenta” personalmente instruyó a 50 niños. La conferencia de Tenancingo auxiliaba “a cuantas familias pobres se presentan”. En San Agustín Tlalpam las Señoras les llevaron comida a las presas de la cárcel y consiguieron la libertad de varias de ellas. Las Señoras de Morelia visitaban a las prisioneras para enseñarles la doctrina cristiana. Las de Jalapa recogieron a “una desgraciada mujer” porque el marido la golpeaba cruelmente, le encontraron “una casa segura” y supervisaron la educa-

²⁷ ASOCIACIÓN, *Reglamento*, 1864, p. 5.

ción de sus cinco hijos “para que las niñas sean unas buenas madres de familia, y los hijos unos buenos ciudadanos”. Algunas conferencias colocaron a niños y niñas selectos en la escuela del hospicio de Pobres o en la Enseñanza “con su correspondiente pensión”. Y siempre intentaron encontrarle trabajo al padre o madre de familia.²⁸ Posteriormente, las Señoras añadieron visitas a los pobres enfermos, no solamente en sus casas, sino también en los hospitales públicos.

Además, construyeron sus propios establecimientos de beneficencia. Por ejemplo, el Consejo Superior creó un asilo para niñas huérfanas y abandonadas, el Asilo de la Caridad de Nuestra Señora de la Luz. Para junio de 1865 éste recogía a diez jóvenes “bajo la vigilancia de una señora pobre”. Según la Memoria de ese año

[...] esta pequeña familia está sobrevigilada por ocho Señoras socias de la Asociación del Sagrario, que se turnan de dos en dos, y proporcionan a estas pobres niñas trabajos lucrativos y honestos. De esta manera se arrebatan a las seducciones del mundo, y tal vez a la prostitución, unos seres que se educan y moralizan, y pueden ser con el tiempo buenas esposas y tiernas madres.

En 1866, el asilo se había expandido hasta recoger a 35 niñas.²⁹

Este asilo sería el más conocido de las fundaciones de las Señoras, pero no fue el único. En la capital las conferencias de la Santa Veracruz y el Sagrario fundaron escuelas para

²⁸ ASOCIACIÓN, *Memoria*, 1865, *Memoria*, 1866 y DIOS, *Historia*, t. 1, pp. 545-546.

²⁹ ASOCIACIÓN, *Memoria*, 1865, p. 7 y *Memoria*, 1866, p. 10.

niños pobres. La conferencia de San Miguel estableció una “cocina económica” para servir comida a los hambrientos de su parroquia. La conferencia de Nuestra Señora de Guadalupe creó un “hospitalito”. El Consejo Central de México recibió un donativo de diez máquinas de coser para poner un taller donde sus clientes pudieran ganarse la vida. Una conferencia en San Luis Potosí estableció una “agencia para proporcionar trabajo y recursos a las familias pobres”. Con el tiempo, los asilos, clínicas, comedores, boticas, talleres y especialmente escuelas de la Asociación —escuelas primarias y también escuelas dominicales de catequismo— proliferaron.³⁰

Los resúmenes estadísticos de las Memorias que forman la base del cuadro 2 solamente dan una visión parcial de sus actividades porque se concentran en los servicios que las Señoras ofrecían a los enfermos. Además, excluyen las estadísticas de las conferencias que no mandaban informes —que en 1909 ascendían a 60. De todas formas la escala nacional de estos esfuerzos fue enorme. La Memoria de ese año notificó que la Asociación movilizó un mínimo de 20 188 socias activas. Estas voluntarias visitaron 135 334 familias y 31 954 enfermos en los hospitales. Distribuyeron 1 779 843 raciones de comida, 132 481 recetas médicas y 27 024 piezas de ropa. Gastaron 225 623 pesos en sus obras —sin contar el valor de los productos y servicios donados por sus benefactores y médicos asociados a la obra. Pero en realidad, sus logros fueron aún mayores. Las Señoras alcanzaron a miles más en sus visitas a las cárceles y en sus escuelas e instituciones de bienestar. En 1909 administraban por lo menos 32

³⁰ Véanse ASOCIACIÓN, *Memoria*, 1865, *Memoria*, 1866 y *Memoria*, 1878, p. 19 y DIOS, *Historia*, t. 1, pp. 544-550, t. 2, pp. 642-645.

hospitales, 20 escuelas primarias y 17 orfanatos; solamente las escuelas educaban a 25 000 niños —sin contar los 16 000 niños de sus clases de catequismo.³¹ A estas obras se deben sumar otras que se mencionan en algunos informes de conferencias individuales, como los comedores, talleres, cajas de ahorro y escuelas nocturnas para adultos. De modo que las Señoras ofrecían una amplia gama de servicios a cientos de miles de personas pobres.

Sería un error menospreciar estos servicios, como lo hace Moisés González Navarro en su breve discusión de las conferencias vicentinas, por “exigir comuniones a trueque de un pedazo de pan”.³² Es verdad que su asistencia formaba parte integral de un proyecto de catequización y moralización, y que se dirigía a las personas que aceptaran sus preceptos religiosos. No obstante, hay que reconocer que las Señoras construyeron un sistema de educación y beneficencia semejante al del gobierno —e independiente de éste porque, a diferencia de otros países, las conferencias mexicanas no recibían subvenciones del Estado.³³ La asociación no sólo suplementaba los servicios públicos, sino que ofrecía algunos servicios adicionales, como la ayuda a los menesterosos en sus casas. En el campo de *outdoor relief* las conferencias vicentinas fueron pioneras, porque México no tenía una tradición de asistencia organizada a domicilio y la ayuda pública se ofrecía a los que se internaban en los establecimientos de beneficencia.³⁴

³¹ ASOCIACIÓN, *Trigésima sexta memoria*.

³² GONZÁLEZ NAVARRO, “Ejercicio caritativo”, p. 496.

³³ Véase MEAD, “Gender”, pp. 102 y 104.

³⁴ Véanse GONZÁLEZ NAVARRO, *La pobreza*, pp. 87-146 y PEZA, *La beneficencia*, especialmente p. 75, donde la discusión de los “socorros

El sistema vicentino no sería tan grande como el público, sobre todo en el área de la educación, donde el número de escuelas públicas superaba a las católicas,³⁵ pero su asistencia a los pobres y enfermos no fue nada despreciable. Los esfuerzos del gobierno se concentraban en las grandes urbes, dejándole un amplio campo de acción a las conferencias en las ciudades medianas y pueblos provincianos. Prosperaron especialmente en Jalisco, estado que experimentó una fuerte recuperación de la Iglesia durante el porfiriato (véase el cuadro 3).³⁶ Tan es así que en 1895 casi la mitad de las Señoras mexicanas estaban en la Arquidiócesis de Guadalajara, que contaba con once conferencias en la ciudad y 30 fuera de ella.³⁷ Aun en la ciudad de México, sede del gobierno federal y de su bien organizada Junta de Beneficencia, los servicios públicos fueron bastante limitados. En 1879, por ejemplo, los nueve hospitales y asilos públicos apenas sirvieron a 12 721 personas —un número pequeñísimo si se considera que la capital tenía más de 200 000 habitantes, muchos de ellos sufriendo de la creciente inmiseración de la época.³⁸

exteriores” de Inglaterra contrasta con el sistema mexicano de ofrecer asistencia solamente en hospicios y hospitales.

³⁵ SCHMITT, “Catholic Adjustment”, pp. 193-196.

³⁶ CEBALLOS RAMÍREZ, *El catolicismo social* y O'DOHERTY MADRAZO, *De urnas y sotanas*.

³⁷ ASOCIACIÓN, *Memoria*, 1895. Las conferencias “foráneas” (se sigue el orden y ortografía de la Memoria) estaban en Tepic, Lagos, Zapotlán, Tecolotlán, Arandas, San Gabriel, Etzatlán, La Barca, Xala, Tequila, Ixtlán, Atotonilco el Alto, San Juan, Nochistlán, Ocotlán, Cuquío, Ahuacatlán, Cocula, Amatitán, Tototlán, Tepatitlán, San Martín de la Cal, Santiago Ixcuintla, Teocaltiche, Tamazula, Encarnación, Poncitlán, Juchitlán, Tala, Tenamaxtlán.

³⁸ PEZA, *La beneficencia*, p. 199, da la cifra de los que recibieron ayuda pública en 1879. Para un análisis de la población capitalina, véase DAVIES, “Tendencias”, pp. 501-505.

Cuadro 3
SOCIAS ACTIVAS DE LAS SEÑORAS DE LA CARIDAD
POR REGIÓN, 1895

Jalisco	4 341	Sinaloa	380	Puebla	70
Michoacán	979	Veracruz	281	Chihuahua	60
Yucatán	920	Nuevo León	174	Guerrero	59
San Luis Potosí	895	Zacatecas	104	Tabasco	35
México	788	Coahuila	91	Aguascalientes	23
Guanajuato	574	Querétaro	73	Oaxaca	14
				Durango	14
Total de socias activas: 9 875					

FUENTE: ASOCIACIÓN, *Vigésima segunda memoria*, "Estado General".

En las siguientes décadas los gastos municipales para la asistencia social decayeron al mismo tiempo que la población capitalina se expandía.³⁹ En 1882, a pesar del empeño por fortalecer la educación primaria, solamente la cuarta parte de los niños de edad escolar asistía a las escuelas municipales, nacionales, o particulares de la capital.⁴⁰ La Asociación de Señoras fue una de muchas organizaciones filantrópicas privadas que florecieron durante el porfiriato para ayudar a satisfacer estas grandes necesidades.⁴¹

Las Señoras hicieron importantes contribuciones al desarrollo del sistema de educación, salubridad y beneficencia mexicano. Si bien las visitas domiciliarias y a instituciones

³⁹ RODRÍGUEZ KURI, *La experiencia*, pp. 138-139. Para un análisis de las deficiencias de la asistencia pública, véase ARROM, *Containing the Poor*, pp. 206-288.

⁴⁰ RODRÍGUEZ KURI, *La experiencia*, pp. 144-145.

⁴¹ BLUM, "Conspicuous Benevolence"; GONZÁLEZ NAVARRO, *La pobreza*, especialmente pp. 35-146, y FORMENT, *Democracy*, especialmente pp. 239-269.

públicas estaban en manos de las voluntarias *amateurs*, los servicios en los establecimientos vicentinos empezaban a profesionalizarse. Las voluntarias supervisaban sus instituciones y una que otra vez atendían a los internos personalmente, pero para desempeñar el trabajo diario contrataban maestras, enfermeras, cocineras, lavanderas y otras empleadas. De esta forma sus numerosas instituciones crearon puestos, casi siempre para personas laicas, sobre todo para mujeres solteras o viudas que luchaban para ganarse la vida.

El trabajo de las voluntarias formaba parte de una filantropía altamente organizada. La Asociación de Señoras tenía programas formales para reclutar, entrenar y desplegar a las voluntarias en su extenso sistema de asistencia. Publicó manuales de instrucción.⁴² Tenía conferencias especiales para entrenar a las niñas menores de 18 años, y aceptaba a las adultas como socias solamente después de que pasaran un término probatorio de seis meses en que las aspirantes mostraban su capacidad para servir a los pobres. Las conferencias operaban con reglamentos escritos, oficiales electos, cuerpos regionales y centrales de gobernación, asambleas nacionales, informes impresos y comunicación regular con la sede en París. Empleaban el sistema vicentino de vales que, como los *food stamps* modernos, sus clientes presentaban para conseguir comida y otros artículos directamente de las tiendas locales.⁴³ De esta forma, las voluntarias aprovechaban la ayuda de los comerciantes que colaboraron con la obra para maximizar el impacto de sus esfuerzos. Y las

⁴² Aunque las *Memorias* a menudo se refieren a estas publicaciones, sólo he localizado SOCIEDAD, *Guía práctica* y ASOCIACIÓN, *Instrucciones*.

⁴³ ASOCIACIÓN, *Reglamento*, 1863, p. 22.

visitadoras prefiguraron a los trabajadores sociales porque investigaban a cada familia antes de “adoptarla” y evaluaban los servicios que necesitaba — fueran de salud, educacionales, legales, o de colocación en un puesto — para superar la crisis del momento. Por lo tanto, las labores de las Señoras representan un paso hacia la modernización de los servicios de asistencia.

En realidad, con su multiplicidad de funciones, la asistencia vicentina mezclaba estrategias modernas y tradicionales para aliviar la pobreza. La retórica de sus reglamentos e informes recuerda el viejo discurso católico que hablaba de imitar a Cristo y amar al pobre. Las Señoras ejercían la caridad no sólo para ayudar al prójimo, sino también para salvar sus propias almas y ganarse las indulgencias que se otorgaban a los que participaban en las conferencias.⁴⁴ Las relaciones paternalistas — o más bien, maternalistas — que mantenían con “sus” familias “adoptadas” sin duda reforzaban el prestigio social de las voluntarias. Además, muchas de sus actividades representaban las siete Obras tradicionales de Misericordia: ofrecerle comida al hambriento, agua al sediento, albergue al que le faltara techo, ropa al desnudo, cuidado al huérfano y enfermo, y sepultura a los muertos. Estos tipos de asistencia, que únicamente ofrecían remedios provisionales a la destitución, caracterizaban su trabajo con los pacientes y prisioneros y también gran parte de la ayuda domiciliaria.

Pero otras obras de las conferencias no fueron meras continuaciones de viejas prácticas caritativas. Las voluntarias no siempre aceptaban la pobreza como una condición

⁴⁴ ASOCIACIÓN, *Reglamento*, 1863, p. 11 y ARZOBISPOS, “Instrucción Pastoral”, pp. 334-335.

normal, sino que trataban de erradicar sus causas. Sus talleres para artesanos y costureras, escuelas primarias para niños y clases nocturnas para adultos intentaban evitar la destitución futura de sus clientes. El currículum de sus escuelas incluía la historia, ciencia, cálculo, música y dibujo para preparar a los pupilos a ganarse la vida.⁴⁵ Las cajas de ahorro que fundaron a finales del siglo XIX ayudaban a que sus clientes logaran la independencia económica. El encontrar puestos para los padres de familia y regalarles herramientas de trabajo les permitía valerse por sí mismos. Estas medidas iban mucho más allá de simples paliativas a la miseria.

Además, a diferencia de la limosna tradicional, la ayuda vicentina formaba parte de un esfuerzo para lograr el cambio social. Las voluntarias combinaban la asistencia con intentos de disciplinar a los pobres porque querían transformarlos para servir el proyecto de renovación católica. Por eso les enseñaban la doctrina a los niños en sus escuelas, a los huérfanos y desvalidos en sus asilos y a los prisioneros, pacientes y aprendices que socorrían. Sus Memorias enumeraban con orgullo los niños que llevaban a bautizarse o preparaban para la primera comunión, los moribundos que ayudaban a bien morir, y las abjuraciones y conversiones que obtenían. Con total certeza de su superioridad moral, las visitadoras también se involucraban en la vida íntima de sus clientes. Los aconsejaban, separaban a los niños varones de las mujeres que compartían una misma cama, y presionaban a los adultos para que se casaran por la Iglesia, dejaran los vicios del alcohol o el juego, y se conciliaran si andaban peleados con sus familiares. Trataban de fomentar la ética del trabajo para evitar

⁴⁵ SOCIEDAD, *Reseña*, p. 11.

que sus clientes se dedicaran a la prostitución o el crimen. De modo que, lejos de exaltar al pobre, la filantropía vicentina procuraba cambiar las costumbres y valores populares. Y lo hacía de una forma que ayudara a restaurar la armonía social. Los lazos íntimos —aunque clientelistas— que las voluntarias formaban con las personas que socorrían promovían la reconciliación entre los pobres y los ricos. Por lo tanto, las Señoras no se limitaban a resolver cuestiones religiosas, sino que abarcaban la “cuestión social” del día.

Es difícil saber lo que pensaban los pobres de esta mezcla de ayuda material y control social. No faltaban indigentes dispuestos a tolerar las intrusiones de las visitadoras, aun consintiendo en acompañarlas a misa. Las numerosas familias que solicitaban ayuda evidentemente habían incorporado los servicios de las conferencias en sus estrategias de sobrevivencia. Los que cooperaban no sólo obtenían ayuda y protección durante sus vidas, sino una sepultura cristiana al morir. Pudieron haber sido ficción algunos de los cuentos de clientes agradecidos que se publicaban en las Memorias, pero en muchos casos su gratitud debe haber sido verdadera. En un país donde los ricos y los pobres compartían una cultura católica, algunos de ellos también deben haber apreciado la oportunidad para fortalecer su fe. Además, los menesterosos no siempre tenían recursos alternativos, sobre todo si querían quedarse en sus propios hogares en vez de internarse en las instituciones públicas.

Claro que no se deben exagerar los logros de las Señoras. Solamente ayudaron a una pequeña parte de los pobres mexicanos, la mayoría de éstos en áreas urbanas. Algunas conferencias tuvieron una historia accidentada, aunque solían perdurar más que las conferencias mascu-

linas que carecían del apoyo directo de la Iglesia y a veces dejaban de funcionar por varios años o desaparecían del todo. Pero estas limitaciones también caracterizaban a las instituciones públicas del día, que apenas penetraron la arraigada pobreza rural e indígena y sufrían crisis que las forzaban a cerrar periódicamente.⁴⁶ Desde que se fundaron en 1863 hasta vísperas de la Revolución, las Señoras de la Caridad alcanzaron una extensa clientela por todo el país y, aunque es difícil de cuantificar, tuvieron un impacto importante sobre las miles de mujeres que participaron como voluntarias.

LA FEMINIZACIÓN DE LA CARIDAD

La preponderancia de las mujeres en las conferencias vicentinas refleja la feminización de la caridad en el siglo XIX, una tendencia que se ha notado asimismo en varios países de Europa y en Estados Unidos.⁴⁷ No es que los hombres mexicanos dejaran del todo las prácticas caritativas. Las conferencias masculinas de San Vicente de Paul perduraron después de fundarse en 1844, pero parece que alcanzaron su membresía máxima de unos 3 000 socios activos en 1875 y entonces disminuyeron notablemente. Para 1908 apenas contaban 909 socios activos, comparado con 18 034 socias activas en las conferencias femeninas.⁴⁸

⁴⁶ PEZA, *La beneficencia*, especialmente pp. 125 y 177 y SCHMITT, "Catholic Adjustment", p. 196.

⁴⁷ PROCHASKA, *Women and Philanthropy*; SMITH, *Ladies*, cap. 6; GINZBERG, *Women*, y MCCARTHY, *Lady Bountiful*.

⁴⁸ El número de socios activos más alto que he encontrado es de 2 824 para 1875, pero no he localizado cifras para todos los años. Véase ARROM,

Sería fácil argumentar que el éxito de las conferencias de Señoras refleja la feminización de la piedad, pero la explicación es más complicada. A las mujeres de la época se les llamaba el “Sexo Devoto,” y su piedad ardiente sin duda explica la movilización de tantas mujeres. Pero también había muchos hombres piadosos en el México decimonónico, además de los señores de la Sociedad de San Vicente de Paul. La piedad masculina florecía en los periódicos católicos y las numerosas asociaciones pías y de ayuda mutua y, a principios del siglo XX, en los congresos y sindicatos católicos. En 1911 los hombres devotos manifestaron su fe abiertamente al fundar el Partido Nacional Católico.⁴⁹ Además, el gran número de hombres que contribuían con dinero, artículos o servicios a las obras de las Señoras demuestra que muchos de ellos apoyaban al proyecto vicentino. Pero pocos participaron como voluntarios.

El crecimiento fenomenal de las conferencias de Señoras refleja la estrategia deliberada de la Iglesia mexicana de reclutar a las mujeres. La Memoria de 1865 atribuye el adelanto de la Asociación al “celo” de los padres vicentinos que fundaron las conferencias femeninas.⁵⁰ La Iglesia redobló sus esfuerzos para movilizarlas en 1875, como respuesta directa a la Ley Orgánica del 14 de diciembre de 1874 que, entre otras medidas anticlericales, prohibió la enseñanza religiosa

“Catholic Philanthropy”, pp. 34 y 41-42; SOCIEDAD, *Boletín*, y ASOCIACIÓN, *Trigésima quinta memoria*.

⁴⁹ ADAME GODDARD, *El pensamiento*; CEBALLOS RAMÍREZ, *El catolicismo social*; DIOS, *Historia*, t. 2, pp. 627-628; HANSON, “The Day of Ideals,” pp. 83-130; O’DOHERTY MADRAZO, *De urnas y sotanas*, y PANI, “Democracia”.

⁵⁰ ASOCIACIÓN, *Memoria*, 1865, p. 8.

en establecimientos públicos y suprimió el Instituto de las Hermanas de la Caridad. En una Instrucción Pastoral del 19 de marzo de 1875 los arzobispos de México, Michoacán y Guadalajara exhortaron a los laicos para que fundaran escuelas primarias y dominicales donde se enseñara la doctrina cristiana y, en una larga sección, dirigieron un “llamamiento extraordinario” a las “señoras católicas” invitándolas a unirse a las conferencias vicentinas para llenar el vacío creado por la expulsión de las Hermanas de la Caridad que tanto habían hecho “en favor de la enseñanza de la niñez desvalida, de los pobres enfermos de los hospitales, y del alivio de toda clase de miserias”.⁵¹ Según el *Rapport* de 1893 de la organización internacional de Dames de la Charité, la sección mexicana era la más grande del “mundo” (aunque posiblemente esto sólo quisiera decir fuera de Francia) porque los pobres mexicanos estaban “privados [...] del socorro de las comunidades hospitalarias”.⁵² Finalmente, la historia de la “Familia Vicentina” en México atribuye el auge de las Señoras de la Caridad después de 1892 a la llegada de su nuevo director, el padre Moral.⁵³

Pero hay que recordar que la Iglesia también hizo llamamientos a los hombres mexicanos. La jerarquía eclesiástica empezó a promover la formación de las asociaciones laicas cuando el gobierno liberal prohibió las cofradías en 1859.⁵⁴ Aunque los sacerdotes no fundaron las conferencias masculinas abiertamente, el Papa ofreció a los voluntarios vicentinos las mismas gracias e indulgencias que les otorgaba a

⁵¹ ARZOBISPOS, “Instrucción Pastoral”, especialmente pp. 325-335.

⁵² DAMES DE LA CHARITÉ, *Rapport*, p. 45.

⁵³ DIOS, *Historia*, t. 2, pp. 641-642.

⁵⁴ DIOS, *Historia*, t. 1, p. 516.

las Señoras.⁵⁵ La Instrucción Pastoral de 1875 invitó a los señores a unirse a las conferencias de San Vicente de Paul, y ofreció indulgencias adicionales a todos los que participan.⁵⁶ Y el padre Moral intentó resucitar las conferencias masculinas, como lo hicieron otros eclesiásticos durante los últimos años del porfiriato.⁵⁷ Sin embargo, estos esfuerzos rindieron pocos frutos.

No nos debemos dejar seducir por las narrativas que minimizan la iniciativa de las mujeres en construir esta Asociación. Si bien los curas promovieron las conferencias de Señoras, fueron ellas las que se incorporaron en masa. La agencia femenina resalta de vez en cuando uno de los documentos que intentan representarlas como meras seguidoras de los sacerdotes. Por ejemplo, la Memoria de 1865 afirma que la conferencia de la parroquia de San Sebastián “adelanta por el arduo trabajo de sus señoras socias, y principalmente por el de las señoras presidenta, vicepresidenta y tesorera”.⁵⁸ La Memoria de 1870 da varios ejemplos de la energía, dedicación y habilidad de las voluntarias:

Causa admiración, al mismo tiempo que ternura, ver a esas buenas señoras de la caridad recorrer las calles aún en las horas más incómodas para ir a proporcionar la medicina, el alimento, el abrigo o alguna comodidad a su amado enfermo. En el tiempo del asedio de la ciudad, sin descansar, y aún en coche llevaban

⁵⁵ ASOCIACIÓN, *Reglamento*, 1863, pp. 11-13; SOCIEDAD, *Reseña*, pp. 26-27, y DIOS, *Historia*, t. 1, p. 521.

⁵⁶ ARZOBISPOS, “Instrucción Pastoral”, pp. 334-335.

⁵⁷ DIOS, *Historia*, t. 2, pp. 629-630 y CEBALLOS RAMÍREZ, *El catolicismo social*, p. 121.

⁵⁸ ASOCIACIÓN, *Memoria*, 1865, p. 11.

sus semillas y auxilios a sus pobres necesitados; excita hasta las lágrimas ver[las] [...] recoger a sus pobres y enfermos aún de los solares y mesones.⁵⁹

Las voluntarias se exponían a peligrosas enfermedades, como lo hizo “una socia de Ocoyoacac, contagiada por asistir a sus pobres enfermos” que “en su delirio manifestaba el gozo que tenía de verse tan grave por la caridad”. Y resulta que algunas de estas asociaciones no fueron fundadas por los señores curas, sino por sus Señoras presidentas. Por ejemplo, la “presidenta de la asociación de Malacatepec plantó esta misma, reanimó la de Toluca hasta el grado de duplicar sus socias y sus fondos [...] y hoy se encuentra plantando la de Capuluhac”. Según parece, las Señoras no sólo fueron siervas fieles, sino la fuerza invisible que animaba la expansión de las conferencias.⁶⁰ En vista del entusiasmo con que se unían al movimiento vicentino, hay que explorar lo que éste significaba para las mujeres mexicanas.

Parte de su atracción fue que la Asociación de Señoras de la Caridad ofrecía a las mujeres de clases media y alta, que pocas veces trabajaban fuera de sus casas, una oportunidad respetable para servir a la sociedad más allá de sus familias. Mientras que su educación mejoraba en el siglo XIX y el ideal del recogimiento femenino disminuía, muchas mujeres mexicanas buscaban formas de usar sus talentos para ayudar

⁵⁹ Esta cita y las que siguen en DIOS, *Historia*, t. 1, pp. 550-551.

⁶⁰ De modo similar, Diefendorf señala la iniciativa de las mujeres en fundar las Dames de la Charité en el siglo XVII, no obstante que se le suele dar todo el crédito a San Vicente. DIEFENDORF, *From Penitence*, especialmente pp. 245-251.

al prójimo.⁶¹ No fue casualidad que el apogeo de las conferencias ocurrió, no sólo después de la llegada de un nuevo director vicentino, sino después de la promulgación de *Rerum Novarum* en 1891, encíclica que inspiró a los laicos a participar en el proyecto de renovación católica.

A diferencia con Europa, donde tantas mujeres eligieron la vida religiosa,⁶² en México las que querían consagrarse al servicio social solían hacerlo como laicas. El número de monjas ya disminuía antes de la supresión de las órdenes religiosas y, cuando regresaron a México algunas congregaciones femeninas a finales del siglo XIX, nunca prosperaron como en otros países.⁶³ La creciente participación de las mujeres laicas en el mundo de la asistencia social puede verse en su presencia como directoras de instituciones de beneficencia y vocales en las juntas directivas de éstas.⁶⁴ En 1869 las mujeres acudieron a la nueva Sociedad Católica de Señoras y Señoritas que también se dedicaba a la caridad, y llegó a tener unas 20 000 socias en 1873. Pero había pocas posiciones en los establecimientos públicos, y el decaimiento de la Sociedad Católica después de 1878 las dejó sin esa vía para encauzar sus actividades filantrópicas.⁶⁵ Por lo tanto, las conferencias de las Señoras de la Caridad llenaron un vacío y le dieron a miles de mujeres mexicanas una estructura para

⁶¹ Para una discusión de estas tendencias, véase ARROM, *Mujeres*, cap. 1.

⁶² Véase por ejemplo, LANGOIS, *Le Catholicisme*.

⁶³ Véanse ARROM, *Mujeres*, pp. 63-66; ADAME GODDARD, *El pensamiento*, p. 105, y SERRANO, *Virgenes viajeras*.

⁶⁴ ARROM, *Containing the Poor*, pp. 180, 228, 244-247, 260-261 y 267-268 y PEZA, *La beneficencia*, p. 126.

⁶⁵ CUEVAS, *Historia*, t. 5, pp. 383-384 y ADAME GODDARD, *El pensamiento*, pp. 19-27.

contribuir al bien común sin tener que dejar a sus familias ni renunciar al matrimonio y a la maternidad.

El discurso tradicionalista de la Iglesia y la asociación ofuscaba la novedad de estas prácticas caritativas. La Instrucción Pastoral de 1875 que llamó a las Señoras mexicanas para asociarse a las conferencias notó la especial “condición y disposición femeninas” para servir a los pobres y enfermos.⁶⁶ Asimismo, lo hizo el Reglamento de 1863, al notar que “las señoras suelen tener más compasión de las miserias del prójimo y moverse más fácilmente a socorrerlas, ya también, porque acostumbradas a desempeñar ciertos oficios en sus casas, se prestan con menos dificultad a ejercerlos también en beneficio de nuestros semejantes” y porque “están siempre en casa y menos distraídas que los hombres, ocupados de ordinario en los negocios domésticos y frecuentemente fuera de casa, y aun de la ciudad”.⁶⁷ Sin embargo, el trabajo de las voluntarias no era la simple extensión de sus actividades dentro de la familia, ni parte de la división “natural” de los roles sexuales.

Sus esfuerzos por servir a los pobres las insertaron en la esfera pública. Aunque las conferencias se reunían en el recinto resguardado de la parroquia, las voluntarias salían de éste para practicar sus obras. No irían solas —porque solían trabajar en pareja—, pero al visitar los cuartos lúgubres de sus clientes o las sucias salas de las cárceles y los hospitales públicos, o aun sus propios y supuestamente immaculados asilos y escuelas, habían dejado atrás el hogar doméstico.

⁶⁶ OLIMÓN NOLASCO, “Proyecto”, p. 289. Véase ARZOBISPOS, “Instrucción Pastoral”, p. 329.

⁶⁷ ASOCIACIÓN, *Reglamento*, 1863, p. 4.

También se exponían a situaciones poco delicadas, como lo demuestra la historia triunfal de una señora que aguantó “mil insultos” de un pobre moribundo hasta por fin conseguir que aceptara los últimos ritos.⁶⁸

El nuevo ámbito de las Señoras no fue exclusivamente femenino. Sus clientes fueron hombres al igual que mujeres. Las voluntarias interactuaban, no sólo con los curas que las apoyaban, sino con los médicos, farmacéuticos, abogados y otros profesionales que las asistían.⁶⁹ La recaudación de fondos no sólo implicaba participar en rifas entre sus amigas y pedir limosnas en los templos, sino también solicitar donaciones de los comerciantes, como el señor Chiarini, quien en 1865 donó los 910 pesos que obtuvo de una función de su circo para ayudar a los pobres de la asociación.⁷⁰ Reconociendo que las voluntarias entraban a espacios públicos y tenían contacto con hombres, el Reglamento de 1863 las defendió de posibles críticas al insistir que su “espíritu de verdadera devoción, de modestia, de recogimiento, y de beneficencia” y su “virtud sólida” siempre las protegería del “más mínimo escándalo”.⁷¹

La participación en las conferencias también expandía las experiencias asociativas de las mujeres. Las Señoras se reunían con regularidad en sus pequeñas conferencias, discutían cuáles familias pobres iban a patrocinar, cuáles obras

⁶⁸ ASOCIACIÓN, *Memoria*, 1865, p. 7.

⁶⁹ Según ASOCIACIÓN, *Reglamento*, 1864, p. 7, cada conferencia debería tener un secretario y procurador. ASOCIACIÓN, *Memoria*, 1865 anota el número de estos señores caritativos, por lo general una docena, en las estadísticas de cada conferencia.

⁷⁰ ASOCIACIÓN, *Memoria*, 1865, p. 6 y FORMENT, *Democracy*, p. 260.

⁷¹ ASOCIACIÓN, *Reglamento*, 1863, pp. 4-6.

iban a fundar, y cómo iban a recaudar fondos. Aunque las mexicanas no podían votar ni servir en cargos públicos hasta mediados del siglo XX, podían hacerlo dentro de sus conferencias. Participaban en votaciones libres, directas y secretas⁷² para elegir presidenta, vicepresidenta, secretaria, tesorera, proveedora y bibliotecaria de cada conferencia. Además, elegían a las nuevas socias, que se iniciaban en la asamblea anual de la asociación con una ceremonia completa con diploma y discursos — rituales poco usuales para la mujer de la época que tenía escasas oportunidades para ejercer esas prácticas institucionales.

De este modo las Señoras gradualmente incrementaron lo que podríamos llamar su “capital social”.⁷³ Su trabajo incluía actividades que no eran parte de las costumbres tradicionales de las mujeres laicas. Dentro de las conferencias desempeñaban posiciones de liderazgo, administraban cuantiosas sumas de dinero, preparaban reportes, asistían a las asambleas nacionales, y participaban en prácticas democráticas. Sus obras de caridad las llevaban a visitar a los pobres en sus hogares y en los establecimientos públicos, a supervisar instituciones de beneficencia y a diseminar la doctrina católica a personas extrañas. No solamente adquirían nuevos conocimientos, sino que ejercían el poder más allá de la esfera privada de la familia.

Finalmente, las conferencias vicentinas ofrecían nuevas oportunidades sociales. Al reunirse regularmente en sus conferencias, semana tras semana y año tras año, las Seño-

⁷² ASOCIACIÓN, *Reglamento*, 1863, p. 15.

⁷³ Levitt analiza un desarrollo similar del “capital social” de las mujeres que participan en los grupos católicos carismáticos del siglo XX en la República Dominicana, LEVITT, *The Transnational Villagers*, pp. 161-162.

ras expandieron sus redes sociales. Para algunas —como la Señorita Soledad Paredes de la conferencia del Sagrario y la Señora Ángela Andrade de Ortega de la de San Miguel, que aparecen en las Memorias de 1865 y 1878— esta participación duró por décadas. Algunas veces podía ser proyecto de familia, porque a menudo se repite el mismo apellido entre las socias de alguna conferencia. Pero las voluntarias también establecían nuevos lazos de amistad, no solamente con personas de su misma clase social, sino de la de sus empleadas y clientes. Aunque estas relaciones no eran igualitarias, en alguna ocasión deben haber llegado a caracterizarse por verdadero cariño, como cuando doña Josefa Valentín, de la conferencia de la parroquia de Santa Catarina, recogió en su propia casa a tres niños de una enferma y “los instruyó y mantuvo mientras duró la enfermedad de la madre”.⁷⁴

Las conferencias vicentinas no tuvieron el mismo significado para los hombres. Ellos gozaban de otras fuentes de sociabilidad y prestigio, y tenían otras maneras de servir a la sociedad, defender su fe y reformar al mundo. A más del trabajo y el servicio gubernamental, podían participar en sociedades mutuas, clubes, logias masónicas y partidos políticos que cerraban las puertas a las mujeres. Además, el tipo de compromiso que requería el voluntarismo era más difícil para los hombres. En el mundo decimonónico con su fuerte división de los roles sexuales, las demandas de que los voluntarios tuvieran frecuente contacto personal con los pobres y les sirvieran de sus mismas manos, se consideraban más apropiadas para las mujeres. El tiempo que tomaba el trabajo voluntario fue otro obstáculo para los hombres. Así

⁷⁴ ASOCIACIÓN, *Memoria*, 1865, p. 15.

que, en vez de participar directamente en las conferencias, muchos señores prefirieron dar apoyo financiero y moral a las Señoras. Por eso fue que el voluntarismo vicentino atrajo a más mujeres que hombres.

CONCLUSIÓN

Desde la perspectiva del siglo XXI, las actividades de las Señoras de la Caridad pueden parecer tradicionales. Efectivamente, tenían muchos aspectos conservadores. Su proyecto era, de manera fundamental, antiliberal y no intentaba cambiar la estructura social. Su meta era asistir a los menesterosos, no organizarlos para que demandaran sus derechos. Las voluntarias se creían superiores a sus clientes y, por medio de la caridad, mantenían “su identidad de clase dirigente”.⁷⁵ Se podrían criticar las motivaciones de algunas socias que practicaban las obras de caridad para aumentar su prestigio social al mismo tiempo que se ganaban su propia salvación.⁷⁶ Además, las Señoras nunca desafiaron las normas sociales abiertamente ni proclamaron la igualdad de la mujer, y su Asociación tampoco se independizó del clero que la supervisaba.

Sin embargo, como señala Sol Serrano para Chile, “la caridad decimonónica católica [...] está lejos de ser [...] una ‘vieja práctica’”.⁷⁷ Era una nueva práctica, no solamente por

⁷⁵ Véase la discusión en SERRANO, *Virgenes viajeras*, pp. 70-73.

⁷⁶ Estas críticas a las conferencias vicentinas las hace GONZÁLEZ NAVARRO en *La pobreza*, pp. 58, 141 y 246.

⁷⁷ SERRANO, *Virgenes viajeras*, p. 71. Sobre la caridad colonial, véase COUTURIER, “For the Greater”.

representar una respuesta a los nuevos problemas del siglo, sino por ser organizada e institucionalizada, por tratar de disciplinar a los pobres y —por lo menos, en algunas de sus obras— de darle a sus clientes los recursos para prevenir su futura destitución. También se distingue de la caridad colonial por su potencial de transformar el rol de la mujer de clase media y alta. Al incorporarse por su compromiso ideológico, miles de mujeres mexicanas encontraron que el trabajo voluntario les abría nuevos campos y les daba oportunidades para ejercer el poder fuera del hogar doméstico.⁷⁸ Las Señoras de la Caridad lograron construir una vibrante organización nacional. Se hicieron aliadas indispensables de la Iglesia en su proyecto de reforma social. Aliviaron la miseria de cientos de miles de mexicanos. Ayudaron a resolver —aunque de modo parcial— los problemas de la pobreza, el hambre, la enfermedad, el analfabetismo y el desempleo. Y contribuyeron al desarrollo del sistema de educación, salud y bienestar. La eficacia de sus esfuerzos mostró la capacidad de la mujer y reforzó la ideología de marianismo que a finales del siglo XIX la romantizaba como moralmente superior al hombre; estas nociones ayudaron a abrirle paso a la filosofía de la igualdad de la mujer.⁷⁹ Por eso merece reevaluarse este movimiento de mujeres católicas que convocó a tantas mujeres mexicanas y que demuestra que los grupos conservadores también participaron en las corrientes modernas de su época.

⁷⁸ MEAD, "Gender" y SCHELL, "An Honorable Avocation", encontraron tendencias similares en sus estudios de las Señoras de la Caridad en el siglo XIX argentino y de las Damas Católicas del siglo XX mexicano.

⁷⁹ Sobre este punto véase ARROM, *Las mujeres*, pp. 316-328.

REFERENCIAS

ADAME GODDARD, Jorge

El pensamiento político y social de los católicos mexicanos, 1867-1914, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981.

AGOSTONI, Claudia y Elisa SPECKMAN (comps.)

Modernidad, tradición y alteridad: la ciudad de México en el cambio de siglos (XIX-XX), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

ALCALÁ, Alfonso y Manuel OLIMÓN (eds.)

Episcopado y gobierno en México: cartas pastorales colectivas del Episcopado Mexicano, 1859-1875, México, Ediciones Paulinas, 1989.

ARROM, Silvia Marina

“Catholic Philanthropy and Civil Society: The Lay Volunteers of St. Vincent de Paul in 19th-century Mexico”, en SANBORN y PORTOCARRERO, 2005, pp. 31-62.

Containing the Poor: The Mexico City Poor House, 1774-1871, Durham N. C., Duke University Press, 2000.

Las mujeres de la ciudad de México, 1790-1857, México, Siglo Veintiuno Editores, 1988.

“Mexican Laywomen Spearhead a Catholic Revival: The Ladies of Charity, 1863-1910”, en NESVIG [en prensa].

ARZOBISPOS DE MÉXICO, MICHOACÁN Y GUADALAJARA

“Instrucción Pastoral que los Ilmos. Sres. Arzobispos de México, Michoacán y Guadalajara dirigen a su Venerable Clero y a sus fieles con ocasión de la Ley Orgánica expedida por el Soberano Congreso Nacional en 10 de Diciembre del año próximo pasado y sancionada por el Supremo Gobierno en 14 del mismo mes”, 19 marzo 1875, en ALCALÁ y OLIMÓN, 1989, pp. 293-338.

ASOCIACIÓN DE LAS SEÑORAS DE LA CARIDAD DE SAN VICENTE DE PAUL

Instrucciones del Consejo Diocesano a las Mesas Directivas de las Conferencias de S. Vicente de Paúl, de Señoras, Guadalajara, J. M. Yguiniz, 1922.

Memoria que el Consejo Superior de las Asociaciones de Señoras de la Caridad del Imperio Mexicano dirige al General de Paris, de las obras que ha practicado y cantidades colectadas e invertidas en el socorro de los pobres enfermos, desde 1 de Julio de 1864 a 30 de Junio de 1865, México, Comercio, 1865.

Memoria que el Consejo Superior de las Señoras de la Caridad de México, dirige al general de Paris, de las obras que ha practicado y cantidades colectadas e invertidas en el Socorro de los pobres enfermos, desde el 1 de julio de 1865 a 30 de junio de 1866, México, Mariano Villanueva, 1867.

Memoria que el Consejo Superior de Señoras de la Caridad de Méjico leyó en la asamblea general [...] el día 23 de julio de 1878, México, Miguel Torner y Cía., 1879.

Memoria de las obras de caridad realizadas por las conferencias de Señoras de S. Vicente de Paúl, que han sido agregadas al Consejo General de la Arquidiócesis de Guadalajara, y que comprende de 1º de Mayo de 1894 á fin de Junio de 1895, Guadalajara, Ant. Tip. de N. Parga, 1895.

Memoria sobre la obra de las Señoras de la Caridad de San Vicente de Paúl en México, año de 1921, México, La Moderna, 1922.

Reglamento de la Asociación de las Señoras de la Caridad instituida por San Vicente de Paúl en beneficio de los pobres enfermos, y establecida en varios lugares por los padres de la Congregación de la Misión con licencia de los ordinarios, México, Andrade y Escalante, 1863.

Reglamento de la Asociación de Caridad de San Vicente de Paúl, en el que se hallan refundidos los reglamentos de París y Méjico, Guadalajara, Tipografía De Rodríguez, 1864.

Trigésima primera memoria del Consejo General de las Señoras de la Caridad de Méjico, México, J. De Elizalde, 1905.

Trigésima quinta memoria del Consejo General de las Señoras de la Caridad de México, México, Guerrero Hnos., 1908.

Trigésima sexta memoria del Consejo General de las Señoras de la Caridad de México, México, Guerrero Hnos., 1909.

Vigésima segunda memoria del Consejo General de las Señoras de la Caridad en México, México, F. Díaz de León Sucesores, 1895.

Vigésima séptima memoria del Consejo General de las Señoras de la Caridad de México, México, J. de Elizalde, 1901.

BLUM, Ann S.

“Conspicuous Benevolence: Liberalism, Public Welfare, and Private Charity in Porfirian Mexico City, 1877-1910”, en *The Americas*, 58: 4 (2001), pp. 7-38.

BOYLAN, Kristina

“Mexican Catholic Women's Activism, 1929-1940”, tesis de doctorado en historia, Oxford, Inglaterra, University of Oxford, 2000.

CEBALLOS RAMÍREZ, Manuel

El catolicismo social: un tercero en discordia: Rerum Novarum, la “cuestión social” y la movilización de los católicos mexicanos (1891-1911), México, El Colegio de México, 1991.

“Los católicos mexicanos frente al liberalismo triunfante: del discurso a la acción”, en CONNAUGHTON, ILLADES y PÉREZ TOLEDO, 1999, pp. 399-414.

CONNAUGHTON, Brian, Carlos ILLADES y Sonia PÉREZ TOLEDO (comps.)

Construcción de la legitimidad política en México, México, El Colegio de Michoacán, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio de México, 1999.

COSÍO VILLEGAS, Daniel (comp.)

Historia Moderna de México, El Porfiriato: vida social, 3a. ed., México, Hermes, 1973, t. 4.

COUTURIER, Edith

“For the Greater Service of God’: Opulent Foundations and Women's Philanthropy in Colonial Mexico”, en McCARTHY, 1990, pp. 119-41.

CUEVAS, Mariano

Historia de la Iglesia en México, El Paso Texas, Revista Católica, 1928, t. 5.

DAMES DE LA CHARITÉ

Rapport sur les oeuvres des Dames de la Charité pendant l'année 1893, lu a l'Assamblé Générale du 13 avril 1894, Paris, Rue de Sèvres, 1894.

DAVIES, Keith A.

“Tendencias demográficas urbanas durante el siglo XIX en México”, en *Historia Mexicana*, XXI: 3(83) (ene.-mar. 1972), pp. 481-524.

DIEFENDORF, Barbara B.

From Penitence to Charity: Pious Women and the Catholic Reformation in Paris, Nueva York, Oxford University Press, 2004.

DIOS, Vicente de

Historia de la familia vicentina en México, 1844-1994, Salamanca, CEME, 1993, 2 tomos.

FERNÁNDEZ-ACEVES, María Teresa

“The Political Mobilization of Women in Revolutionary Guadalajara, 1910-1940”, tesis de doctorado en historia, Chicago, University of Illinois, 2000.

FORMENT, Carlos A.

Democracy in Latin America, 1760-1900: Civic Selfhood and Public Life in Mexico and Peru, Chicago, University of Chicago Press, 2003.

FOUCAULT, Albert

La Société de Saint-Vincent de Paúl: Histoire de Cents Ans,
París, Editions SPES, 1933.

GINZBERG, Lori D.

*Women and the Work of Benevolence: Morality, Politics, and
Class in the Nineteenth Century United States*, New Haven,
Yale University Press, 1990.

GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés

“Ejercicio caritativo”, en COSÍO VILLEGAS, 1973, pp. 495-526.
La pobreza en México, México, El Colegio de México, 1985.

HANSON, Randall S.

“The Day of Ideals: Catholic Social Action in the Age of the
Mexican Revolution, 1867-1929”, tesis de doctorado en historia,
Bloomington, Ind., Indiana University, 1994.

LANGOIS, Claude

*Le Catholicisme au féminin: les congrégations françaises à
supérieure générale au XIX^{ème} siècle*, París, Edicions du Cerf,
1984.

LEVITT, Peggy

The Transnational Villagers, Berkeley, University of California
Press, 2001.

MATUTE, Álvaro, Evelia TREJO y Brian CONNAUGHTON (comps.)

Estado, Iglesia y sociedad en México: siglo XIX, México, Univer-
sidad Nacional Autónoma de México, Miguel Ángel Porrúa,
1995.

McCARTHY, Kathleen D. (comp.)

Lady Bountiful Revisited: Women, Philanthropy and Power,
New Brunswick, Rutgers University Press, 1990.

MEAD, Karen

“Gender, Welfare and the Catholic Church in Argentina: Conferencias de Señoras de San Vicente de Paul, 1890-1916”, en *The Americas*, 58:3 (2001), pp. 91-119.

MEYER, Jean

La Cristiada, México, Siglo Veintiuno Editores, 1973.

MILLER, Barbara Ann

“The Role of Women in the Mexican Cristero Rebellion: las Señoras y las Religiosas”, en *The Americas*, 40:1 (1984), pp. 303-323.

NESVIG, Martin (comp.)

Religious Culture in Modern Mexico, Lanham MD, Rowman and Littlefield [en prensa].

O'DOHERTY MADRAZO, Laura

De urnas y sotanas: el Partido Católico Nacional en Jalisco, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001.

OLIMÓN NOLASCO, Manuel

“Proyecto de reforma de la Iglesia en México (1867-1875)”, en MATUTE, TREJO y CONNAUGHTON, 1995, pp. 267-292.

PANI, Erika

“Democracia y representación política: la visión de dos periódicos católicos de fin de siglo, 1880-1910”, en AGOSTONI y SPECKMAN, 2001, pp. 143-160.

PEZA, Juan de Dios

La beneficencia en México, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1881.

PROCHASKA, F. K.

Women and Philanthropy in Nineteenth-Century England, Oxford, Inglaterra, Oxford University Press, 1980.

RODRÍGUEZ KURI, Ariel

La experiencia olvidada. El ayuntamiento de México: política y gobierno, 1876-1912, México, El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 1996.

SANBORN, Cynthia y Felipe PORTOCARRERO (comps.)

Philanthropy and Social Change in Latin America, Cambridge, Mass., David Rockefeller Center Series on Latin American Studies, Harvard University, 2005.

SHELL, Patience A.

“An Honorable Avocation for Ladies: The Work of the Mexico City Union de Damas Católicas Mexicanas, 1912-1926”, en *Journal of Women's History*, 10:4 (1999), pp. 78-103.

SCHMITT, Karl M.

“Catholic Adjustment to the Secular State: The Case of Mexico, 1867-1911”, en *The Catholic Historical Review*, XLVIII: 2 (1962), pp. 182-204.

SERRANO, Sol (ed.)

Virgenes viajeras: diarios de religiosas francesas en su ruta a Chile, 1837-1874, Santiago, Chile, Universidad Católica de Chile, 2000.

SMITH, Bonnie

Ladies of the Leisure Class: The Bourgeoisies of Northern France in the Nineteenth Century, Princeton, Princeton University Press, 1981.

SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAUL

Boletín de la Sociedad de San Vicente de Paul en México, sexta época, 31:4, México, Talleres Tipográficos de “El Tiempo,” 1909.

Guía práctica de las conferencias de San Vicente de Paul: traducción del francés para las conferencias mexicanas, México, Andrade y Escalante, 1860.

Reglamento de la Sociedad de San Vicente de Paul, 1835, México, s. p. i., 1851.

Reseña del quincuagenario de la Sociedad, México, Francisco Díaz de León, 1895.

SOCIÉTÉ DE SAINT-VICENT DE PAUL

Livre du Centenaire: L'oeuvre d'Ozanam á Travers le Monde, 1833-1933, París, Gabriel Beauchesne et Fils, 1933.

UDOVIC, Edward R.

“What About the Poor”? Nineteenth-Century Paris and the Revival of Vincentian Charity”, en *Vincentian Heritage*, 14:1 (1993), pp. 69-94.